TOROS, GASTRONOMÍA Y RAMONISMO EN DÍAZ-CAÑABATE

José María Balcells
Universidad de León

Antonio Díaz-Cañabate. *Memorias bilbaínas de un revistero madrileño.* Madrid: Editorial La Cátedra Taurina, 2020.

En los tiempos procelosos por los que, mal que bien, atraviesa la tauromaquia, supone un grandísimo mérito esforzarse en arrimar el hombro protaurino con una iniciativa tan atinada como la que supone la creación, continuidad y crecimiento de una editora como La cátedra taurina, dirigida por el empresario y escritor bilbaíno Antonio Fernández Casado. Un vistazo al catálogo de la editorial y a sus tres colecciones resulta aleccionante y esperanzador. Dos de ellas no son tauromacas. Aludo a las llamadas La cátedra bilbaína, en la que se incluye un título de Ramiro de Maeztu, y aludo asimismo a la colección La cátedra hotelera, integrada por cuatro libros debidos a quien sustenta todo el proyecto, y ha centrado desde hace muchos años su actividad primordial en empresas de hostelería.

La colección estelar de las tres recibe el nombre de Tauromaquia vasca. En ella se ha publicado el libro que motivará nuestros comentarios. En la mayoría de este grupo de obras Antonio Fernández Casado es el autor, estando al cuidado de todas de un modo u otro, además de ocuparse en editarlas, y de gestionar las problemáticas varias que conlleva su dinámica comercial de promoción y venta. La última aña-

dida a la serie ha sido idea suya, porque Antonio Díaz-Cañabate no la escribió como tal. Me refiero a la titulada *Memorias bilbaínas de un revistero madrileño.*

Prologado por Andrés Amorós, y con un epílogo de Antonio Fernández Casado, el libro de referencia consta de cuarenta y seis textos seleccionados de quien fue gran crítico taurino y escritor costumbrista, del cual no pueden olvidarse sobre todo sus libros *Historia de una taberna* (1944) e *Historia de una tertulia* (1953). A él le cupo la responsabilidad, después de la muerte de José María de Cossío, de continuar el tratado *Los toros* con tomos que el vallisoletano ya no pudo dirigir. Los textos recogidos en el volumen no son crónicas de los festejos celebrados en la plaza bilbaína de Vista Alegre y que él presenció entre los años 1958 y 1972, sino las divagaciones con las que las encabezaba, y cuyo comentario da mucho juego, aunque no vamos a detenernos punto por punto en todo cuanto se dice en esas prosas, pero sí en lo que consideramos que, por su interés, no ha de pasarse por alto.

Hay dos aspectos en esas apreciaciones previas a las crónicas que me han llamado poderosamente la atención, uno argumentativo y otro de índole estrictamente literaria. El primero resulta tan remarcable que salta a la vista de cualquier lector: el énfasis que Antonio Díaz-Cañabate puso en materia gastronómica en tales preámbulos. El segundo no es tan hacedero de advertir, y por esa razón voy a ponerlo de relieve. Aludo a una vertiente de la metaforía empleada por el autor que a mi juicio cabe asociarla al influjo de Ramón Gómez de la Serna, al que habría leído no solo por el gusto de hacerlo, sino acaso también por el indudable taurinismo de su compatricio. La importancia de ambos factores en esos escritos me ha llevado precisamente a resaltarlos en el título que he puesto a estas páginas que son un híbrido de reseña y de artículo, o quizás al revés.

Antonio Díaz-Cañabate salpimentó su escritura haciendo a menudo gala de ironías y gracejos que dibujaban en sus lectores una sonrisa en sus rostros, a la par que amenizaban sus textos. También recurrió a este fin, así como para el logro de un perspectivismo distanciador, a estrategias narrativas varias, como por ejemplo la de dar voz a un personaje femenino atribuyéndole la crónica o las impresiones de una corrida, como ocurre en «La mujer enamorada de los toros», y asimismo en el «Fragmento taurino de un diario íntimo». Otra fórmula fue la de contarle supuestamente el festejo a un monumento de la ciudad. Así sucede en el «Monólogo sobre toros con la estatua de Trueba», efigie en bronce que, como sabemos, fue forjada por Mariano Benlliure en honor del vizcaíno de Galdames y que se ubica en los bilbaínos jardines de Albia, «uno de los parajes más bellos de Bilbao», conforme escribe Cañabate en ese mismo artículo.

Empero, sobresale a mi entender en el lenguaje de este costumbrista madrileño del XX el empleo convincente del recurso de la metaforización, con imágenes muy atractivas en las que el agua y el mar propician equiparaciones taurinas. Con todo, creo que ha de ponerse el acento en una fórmula tropológica que se asemeja a la greguería ramoniana, sin descartarse que en algunas ocasiones pueda incluso serlo. Repasando estos prolegómenos por el orden cronológico con el que fueron secuenciados en el libro, cabría anotar diversos pasajes remisibles al tenor de las greguerías, aunque no alcancen el nivel estético tan subido en que Ramón Gómez de la Serna situó a esa modalidad que le debe la historia literaria, y que tantos practicantes, con deliberación o sin ella, tuvo en el pasado siglo, y sin dejar de haberlos en el actual. A esa nómina agrego desde ahora el nombre de Antonio Díaz-Cañabate, que seguramente no pretendería para nada emular al creador y maestro de esta creación literaria genial.

Vamos a aportar algunos ejemplos sustentadores de mi aserto en frases como las que alego. Daremos comienzo a las muestras con el artículo «El rabo de toro», apéndice sobre el que escribe que es «como un abanico femenino manejado por mano nerviosa deseosa de llamar la atención y no darse aire». En otro texto, el titulado «Una corrida al sol y con boina», menciona dicho tocado diciendo que «La boina es como una sartén en donde se deposita la lumbre solar y concentra y fríe la sesera». Más ajustado a la greguería me parece lo que se lee en «Un paseo por la ría hacia el mar de los toros», porque ahí identificaba a las sardinas con «banderillas de plata que se clavan en el paladar.» Semejantemente escueto y casi gregueriza nte es lo que escribía en «El aúpa taurino» refiriéndose a los pinchazos al toro durante la llamada, con razón, suerte suprema. Acudiendo a la terminología balompédica, los comparó agudamente con «balones que pegan en el larguero».

La gastronomía es, como anticipé, uno de los asuntos estelares que más asoman en *Memorias bilbaínas,* donde también se dedican no pocas líneas a la costumbre del chiquiteo, definido en «El chiquiteo y los santacolomas» diciendo que «…es aquí, como en Cádiz, beber vino en compañía de amigos». En otro escrito posterior, «La apuesta del rabo», ese ritual que en día de corrida muchos taurinos realizan después de haber ido al apartado de los toros que se lidiarán por la tarde, es descrito ampliándolo en estos términos: «consiste en beberse vasos chiquitos de vino por los bares y tabernas de la parte vieja de Bilbao, por las famosas Siete Calles», enclavadas en el casco originario de la urbe.

En esta emblemática zona del antiguo Bilbao no solo se chiquitea, sino que se come, y requetebién, o «a modo», como diría Díaz-Cañabate, que almorzaba en la zona o fuera de la ciudad con frecuencia, como explicaré después. Uno de los manjares con más solera en una feria taurina en muchos lugares de España es degustar rabo de toro estofado, una rabada, comida que, en «De todo un poco, y de lluvia,

mucho», se califica como sensacional cuando se cocina a la bilbaína. En otros ágapes daría buena cuenta de platos representativos de la cocina regional, como relata en «La euforia de la comida llega a los toros», donde se refiere a la merluza a la koskera, es decir en salsa verde, o a la vasca; al bonito con tomate; a los chipirones rellenos; al pisto; y a la purrusalda, una receta que suele prepararse a base de puerros y bacalao. Y tampoco dejó pasar la ocasión para zamparse, como recuerda en «Un abanico en medio del tedio», pochas, o sea alubias frescas, con chorizo.

El cronista madrileño solía acercarse en muchas ocasiones a Santurce para el almuerzo, y se desplazaba en tren, o en barquito por la Ría, en un gasolino, y en ese pueblo, mayormente en el restaurante Lucas, como precisa Fernández Casado, daba gusto a su paladar con distintos platos y sazones, como cuando disfrutó de unas exquisitas almejas a la marinera, según cuenta en «La salsa torera de la música». Claro que lo propio en esa localidad era comer sus afamadas sardinas, con espinas y todo, y sin olvidarse de los jibiones, conocidos también como calamares y chipirones. Eso explica haber hecho en «Un paseo por la Ría hacia el mar de los toros.»

Una útil introducción o guía a la gastronomía regional se va esparciendo aquí y allá, en suma, en esos preliminares a las crónicas de un Antonio Díaz-Cañabate que, con tales alicientes culinarios aguardándole, imaginamos que cada año estaría esperando con ansia las fechas de celebración de las Corridas Generales, festejos que reconoce ignorar por qué se las califica como Generales. Deseoso y confiado en que su periódico, el ABC, le enviase a comentarlas, tras haber comentado las de la Semana Grande donostiarra, no sería baladí el atractivo irresistible que debió sentir hacia aquellos chiquiteos compadreados y aquellas comidas inolvidables en diferentes tabernas y restaurantes de Bilbao, de Santurce y en alguna que otra oportunidad hasta de la cántabra

Castro Urdiales, excursión que hacía embarcado en el navío Maru III, propiedad de Carmelo Sánchez Pando, al que comparó una vez con un toro, y a las olas que lo mecían con un torero.

En las páginas epilogales de *Memorias bilbaínas,* Antonio Fernández Casado recuerda haber conocido en persona a Antonio Díaz-Cañabate en Bilbao, concretamente en la terraza del bar Monterrey, en la Gran Vía, donde acostumbraba a ir a cenar, siempre acompañado de los mismos amigos. Ese conocimiento directo le faculta para el redactado del esbozo de una caracterización singularizadora de su físico, de su porte y de su atuendo:

> Era alto, delgado y vestía de manera clásica. Al menos en Bilbao, se enfundaba un traje oscuro con rayas, con el clásico chaleco del que pendía un reloj de bolsillo. Normalmente cubría su testa con una inseparable txapela negra, más pequeña que las que habitualmente vestían los casheros vizcaínos.

Díaz-Cañabate solía alojarse en el Hotel Torrontegui, recuerda Fernández Casado, en el paseo del Arenal, lugar bilbaíno de abolengo que, al decir del crítico taurino de Madrid en «Música en el Arenal», «es un paseo tupido de árboles, muy poblado de bancos, muy agradable.» Inaugurado dicho establecimiento en 1930, se derribó en 1976, cuatro años más tarde de que Cañabate firmase la última de las prosas que se recopilan en *Memorias bilbaínas.* Cuando acudía al coso de Vista Alegre a presenciar las corridas, acostumbraba a verlas «detrás de los palcos de los tendidos de sombra, donde casi nadie lo conocía», anota el editor y epiloguista. No obstante, se daba el caso de que en ocasiones prefería sentarse en una grada, sea de sol, sea de sol y sombra, como dejó dicho, respectivamente, en sus textos «Un ruedo peinado» y «Tres varas y tres pases».

En sus escritos introductorios, Díaz-Cañabate proporcionaba de tanto en vez datos relativos a la plaza de toros bilbaína. En «El reposo del País Vasco» califica a este ruedo como flamante, por lo reciente de su construcción, realizada tras el incendio que destruyó el anterior. Este suceso tuvo lugar en la madrugada del 4 al 5 de septiembre de 1961, con pocas horas de diferencia a que toreasen en él los novilleros Rafael Chacarte, José María Montilla y Manuel Benítez El Cordobés, y solo once días después de que el comentarista de *ABC* viese su firma estampada en la crónica «Los miuras y el vascuence».

Al costumbrista madrileño le satisfizo mucho el nuevo recinto taurómaco, aludiendo elogiosamente en «El espectador profeta» a una plaza que, con diferencia, consideraba «la más cómoda de España. Ancha de asientos. Capaz el espacio entre fila y fila, perfecta de visibilidad.» Otros cumplidos a este circo taurino los incluyó en «El coco de la torería» fijándose en que no es nada difícil acercarse a la plaza y acceder a su interior, pues «no hace falta ir con anticipación, porque sus accesos son tan numerosos y cómodos que no se pierde el tiempo en ocupar cada uno su localidad. Y además se puede ir andando porque está muy a mano del centro.»

Eran ciertamente muy otros que los del presente siglo los días en que Díaz-Cañabate no faltaba a su cita veraniega con las Corridas Generales. Esa época la protagonizaron sobre todo Santiago Martín El Viti, Paco Camino y Manuel Benítez El Cordobés. Años aquellos en los que el aforo solía completarse por doquier, acudiendo a las plazas una juventud que después fue decreciendo y que, salvo excepciones, andaba más bien ayuna de saberes taurinos, como se atestigua en esa alusión del comentarista: «Las generaciones jóvenes, las multitudes antitaurinas que llenan las plazas, ignoran en absoluto lo que es la suerte de matar.», como escribe en «Las estocadas 'tripandis'». No veía con buenos ojos, naturalmente, a tanto espectador frívolo como hubo

y hay, pero a veces le resultaba cargante el «entendido» y por supuesto mucho más el sabelotodo que tanto abunda por esos ruedos de Dios.

Tuvo Díaz-Cañabate su propio concepto del arte del toreo. Lo esbozaba en su «Monólogo sobre toros con la estatua de Trueba», y a propósito del toreo plasmado por Pedrés, cuyo quehacer con la muleta comentó diciendo que se había tratado de «Una faena seria, breve, honda, enjundiosa», y continuaba así: «la armonía del toreo se deriva de la profundidad del pase, de que el torero y el toro formen un conjunto, una colaboración…» Su ideal de toreo no lo representaba, por descontado, el encimismo y El Cordobés en modo alguno, aunque valoró en positivo su labor algunas tardes. Eso sí, le reconocía aquello de lo que careció Pedrés, el «misterioso tirón» que por sí solo entusiasmaba y enardecía a las multitudes.

Ya mostró Antonio Díaz-Cañabate su disconformidad con la clase de tauromaquia que se iba imponiendo, la de la repetición monótona de un mismo tipo de faena, así como la de unos mismos o semejantes carteles, y de unas mismas ganaderías, inconvenientes que perduran e incluso pudiera decirse que por momentos se han agravado. Lo delató en «Toros de cartón piedra» con estas palabras: «En todas las partes, las corridas son iguales. Salen los mismos toros. Torean los mismos toreros. Y, lo que es peor, hacen lo mismo.» Con estos presupuestos, la monotonía, el aburrimiento, la modorra estaban servidos y a la orden del día. Menos mal que de tarde en tarde salía el toro «de respeto» y se asistía a una buena corrida comparable, como leemos en «La euforia de la comida llega a los toros», con el bacalao emulsionado con esa salsa llamada pil-pil, gracioso, simpático y onomatopéyico nombre –se basa en el sonido de dicha salsa en la cazuela– y que constituye un plato tradicional típico del País Vasco.